

la narración tan noble y singular, que desde entonces nos propusimos servírsela al público como manjar raro y substancioso; pero el deseo de no despertar conjeturas y sospechas en nuestro pequeño mundo, nos obligó á guardar silencio por largo tiempo, hasta que la ascética viudez de la heroína y al temprana muerte del héroe, vinieron á romper las ligaduras de nuestra discreción. Hoy por hoy, saldría despistada la curiosidad y quedaría burlada la malicia, si se propusiesen atar cabos, hallar nombres y reconstituir hechos. En buena hora que los corazones pervertidos se burlen del personaje comparándole con José y acribillándole de chascarrillos y cuchufletas; los soñadores y rectos le aplau tirán en cambio sin reserva. Con esto basta. El que resiste á la pasión por hidalguía de alma, es un ser extraordinario y merece el respeto de todos.

Las viles hazañas de los seres vulgares no merecen los honores de la imprenta. Vivimos hartos de ver miserias y sandeces, y anhelamos descansar de las náuseas que provoca el fango en que se revuelca la grey de Epicuro.



NIEVES.

NOVELA BORDADA EN TRAMA DE VIDA.

LIBRO que Tequila debe su notoriedad á ser el centro de la producción alcohólica que lleva su nombre. Claro también que tiene, como de éste, gran título para llamar la atención del consumidor al haber servido de baluarte y fortaleza á la nación contra la invasión de los calvados del Noyon. En principio de 1870 salieron los



NIEVES.

NOVELA BORDADA EN TRAMA DE VIAJE.

CIERTO que Tequila debe su celebridad á ser el centro de la producción alcohólica que lleva su nombre. Cierta también que tiene, amén de éste, otro título para llamar la atención del turista: el de haber servido de baluarte y fortaleza á la nación contra la invasión de los salvajes del Nayarit. En principios de 1873 salieron los

coras de su madriguera, bajo la conducta de su feroz régulo Lozada, soñando conquistar para éste una corona y para ellos el sumo imperio nacional; mas al llegar á Tequila, fueron contenidos á balazos por el heroico vecindario. La demora, aunque corta, salvó á la República de una cruenta guerra de castas.

El anhelo, con todo, que me llevó á ese lugar pocos años después de hazaña tan memorable, no se inspiró en ninguno de esos antecedentes, declárollo con franqueza; sino en motivos puramente personales y románticos: en los recuerdos de los años primeros de mi vida.

Cuando era mozo, solía pasar algunos meses del año en ese lugar en compañía de mis deudos, por ser el asiento de los negocios de mi abuelo materno, propietario de tierras y fabricante de alcoholes. Recrease la infancia por instinto en la contemplación de los cuadros agrestes: los campos, los cerros, los rebaños y las vacadas hacen honda impresión en su espíritu; y es, salida de las ciudades y suelta en plena naturaleza, semejante á las avecillas que logran escapar de la jaula para revolotear y discurrir ale-

gremente por el espacio. Las memorias de mi vida campestre, del júbilo purísimo de mi infancia y de las regocijadas vacaciones que liberalmente otorgadas por mis padres, pasaba en el pueblo, fueron el imán poderoso que á aquellos sitios me condujo.

Hombre ya, y después de largos años de no visitar la aldea, no pude resistir al deseo de mirar de nuevo aquellos lugares consagrados por los recuerdos de mi niñez, y así fué cómo una fresca madrugada me eché al campo como un segundo manchego, enderezando el paso de mi cabalgadura hacia esas regiones encantadas.

Con placer indecible torné á mirar el pesado campanario de la iglesia y el blanco caserío que se extiende en la hondura, detrás de una cadena de lomas y casi á la falda del gigantesco cerro de Tequila. Cuando mi caballo rendido por el cansancio, entraba con paso tardo por las calles solitarias del pueblo, abandoné la rienda sobre su cuello, y me entregué, absorto y distraído, á la contemplación de las imágenes interiores que la vista de aquel escenario hacía surgir en mi memoria. Era al caer de la tarde; la campana de la iglesia tocaba el

Angelus, haciéndome estremecer con su sonido, semejante á la voz de una persona amiga. Los gorriones que se refugiaban en las copas de los naranjos empinados, como para verme, por encima de las tapias, piaban formando la misma algarabía que en los tiempos pasados.

Así llegué á la antigua casa paterna, situada en la plaza principal. Ahí vivía ahora una tía mía, hermana de mi madre. Me apeé en el zaguán y penetré llevando el caballo por la brida. Sólo la servidumbre salió á recibirme; mi tía había ido á visitar sus ranchos en compañía de dos de sus hijos, mis primos hermanos. Mientras regresa, hice un paseo por toda la casa, lleno de tristeza. Con excepción del corpulento naranjo plantado en el centro del patío, alegre y ruidoso dormitorio de pájaros, todo lo hallé muy cambiado. El tiempo había pasado por aquella fábrica como por el cuerpo de una mujer hermosa, sembrando ruina y destrucción por todas partes; todo se mostraba viejo y decadente, como si turbas vandálicas hubiesen cruzado por aquellos sitios; las turbas vandálicas ¡ay! de los años, más

ciegas y despiadadas que las de Alarico y Genserico.

El mobiliario y la distribución de la casa, diferentes de lo antiguo, daban el último golpe al conjunto para acabar de desfigurarlo. Había por la sala, en lugar de los muebles de cedro incrustados de marfil y cubiertos con fundas de lino blanco, que había yo conocido, otros más modernos, pero de menos carácter y faltos de tradición; la pieza donde mi abuelo dormía, estaba convertida en despacho; hallábase trocado en botica con puertas á la calle, el aposento donde mi madre dormía con mi hermana y conmigo; del comedor había desaparecido la grande y pesada mesa de blanca madera, en torno de la que nos sentábamos los hijos, yernos y nietos del dueño de la casa. En el corral, teatro de mis primeros ensayos de equitación, había sólo un par de caballos inmóviles y estenuados, parados como estatuas junto al pesebre, en vez de la bulliciosa copia de ellos que antes hacía resonar sus duros cascos contra el empedrado.

Me dirigí, concluida la inspección, al ancho corredor que da frente al patío, y sen-

tándome en un sitial de cuero, seguí evocando mis recuerdos. Torné á mirar las escenas pasadas con tal lucidez y precisión de detalles, como si fueran sucesos presentes. Era el alba, y mi abuelo nos despertaba á sus hijos y á mí, que nos levantábamos á la luz de velones de sebo, para ir á los establos de vacas. Era domingo, y veía la casa llena de sirvientes que venían á recibir el pago de sus jornales. Mi abuelo, sentado á la cabecera de una mesa de roble de dimensiones colosales, y teniendo á la diestra un escribiente que leía las listas de raya, pagaba á sus labradores, conforme otro dependiente iba voceando con fuerte acento el nombre del trabajador, el saldo de su cuenta y lo que tenía derecho de percibir en dinero, carne y maíz. Al efecto, hallábase la mesa llena de talegos de monedas de toda especie, y en jícaras de huajes y en sartenes de metal, ostentábase al descubierto otra buena cantidad de ellas, con grande asombro de los rústicos, que lanzaban á aquellos tesoros miradas extraviadas y respetuosas. Otros ayudantes se encargaban de distribuir el maíz por medio de medidas de madera que, después de colmadas, eran igna-

ladas con un rasero. Un buey hecho cuartos y pendiente de los garfios de fierro de una armazón portátil, proporcionaba á los labriegos, mediante el filoso cuchillo de un carnicero panzudo, la apetecida ración de carne que la voz estruendosa del pregonero les decretaba.

De estas meditaciones vino á sacarme de súbito un ruido de caballos que oí á la entrada de la casa. Me figuré ver á mi abuelo volver del campo, seguido de sus mozos. Montaba una mula tordilla grande, robusta y de suave andadura; vestía chaqueta blanca de lino y pantalón negro de paño. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo blanco muy limpio y planchado, cuyas puntas le caían por detrás de la nuca. Traía sombrero de fieltro aplomado, de alta copa rectangular y anchas alas. Las grandes espuelas que calzaba sobre la bota de cuero de alto cañón, tenían cadenitas de acero que repiqueteaban con el paso de la cabalgadura. Al apearse acudían presurosos los mozos á descalzarle las espuelas y á recoger el azote que llevaba en la diestra. Su elevada y robusta figura de septuagenario se destacaba airosa sobre el grupo de sus

servientes, llena de nativa bondad y de varonil energía.

Entraron los caballos en el corredor, y salí á recibir á mi tía y á mis primos que volvían del rancho. Me acogieron con grandes muestras de contento; nos dimos estrechos abrazos y departimos largamente.

Concluida la cena, condújome mi tía á la sala, donde improvisó mi dormitorio con lo más florido de su menaje.

Cuando me levanté á la mañana siguiente, lucía el sol esplendoroso en el horizonte. Me asomé á la ventana y me deleité unos instantes, contemplando aquel hermoso panorama que tanto me sedujo en la infancia. El Tequila, cerro gigantesco, se destacaba á mi frente, levantando su mole verdinegra mucho más arriba que la techumbre de las casas que se alineaban recientemente pintadas al otro lado de la plaza. Desde muchas leguas de distancia se le divisa, haciéndose notar por el apéndice cónico que le corona, el cual es conocido con el nombre de Tetilla. Bosques tupidos cubren sus enormes faldas, semejando ruín vegetación sobre la altura, y cuando llega el invierno, vístense

de nieve sus cimas, como signo de vejez de la enorme mole plutónica.

Madrugaron mis primos para ir á vigilar sus trabajos campestres, y sólo mi tía me acompañó á la hora del desayuno. En su compañía seguí haciendo recuerdos; en vez de las arias que entonaba, pudo ya levantar en dúo su acento mi memoria. A este lado de la mesa se sentaba mi abuelo, aquí mi padre, aquí mi madre, aquí mi hermana, aquí yo. En tiempo de mi abuelo, había en medio de la mesa una grande olla de barro llena de leche espumosa, tapada con una bandeja; sobre ella se colocaba un pozuelo con oreja, destinado á sacar la leche. Distribuía con propia mano mi abuelo el desayuno, y una vez terminado (como siempre que finalizaba cada comida), nos poníamos en pie, imitando su ejemplo, y rezábamos, guiados por él, una acción de gracias á la Providencia.

No concluía aún el mío, cuando vino el rico D. Santos, antiguo conocido de la casa, á saludarme con suma fineza y á invitarme á visitar sus terrenos. Falto de mejor programa que desarrollar, acepté regocijado la proposición, y estando el carruaje á

la puerta, no tardamos en ponernos en marcha.

II

Llámase “La Florida” el rancho de D. Santos y dista de Tequila obra de dos leguas.

Cuando el vehículo principió á rodar por los terrenos de mi compañero, éste me lo avisó mostrándome los linderos. En aquel mismo instante comenzamos á ver á uno y otro lado del camino, los extensos y bien alineados plantíos de mezcales del poderoso agricultor.

—¿Qué número de plantas tiene vd.? le pregunté.

—Cerca de un millón, repuso.

—Es fabuloso.

—No tanto, observó; el abuelo de vd. llegó á tener más de tres millones.

En efecto, mi abuelo fué hace más de cuarenta años, el más famoso fabricante de alcohol que hubo en el Estado. Llegó su fortuna á ser cuantiosísima; las exacciones de los revolucionarios de uno y otro bando

en tiempo de la guerra de Reforma, meramáronla considerablemente.

—Está vd. muy rico, continué.

—Aun no, objetó con engreimiento; pero aguardo llegar á serlo. La vida del mezcalero es muy penosa, mientras no comienza el beneficio de las plantas. Son muy tardías en llegar á sazón.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar para que maduren?

—De diez á doce años. Durante ese período, permanece el dinero invertido completamente improductivo. Los terrenos se ocupan con los plantíos; la plantación de la semilla es cara; durante su crecimiento, hay necesidad de cultivarla arándola y limpiándola todos los años. En esto se consumen gruesas sumas.

—Pero al fin, cuando llega el tiempo de la elaboración del alcohol, se obtienen muy buenas ganancias.

—Es verdad; entonces es cuando el mezcalero recibe el premio de su trabajo y de sus sacrificios. Solamente las negociaciones de minas pueden ser mejores que estas empresas, aunque hay que considerar que los mineros tienen la desventaja de dedi-

carse á un trabajo azaroso, lo que no acontece con el nuestro.

El carruaje rodaba con lentitud y dando tumbos en aquel terreno pedregoso. D. Santos hacía parar á cada momento el vehículo, me enseñaba sus vastos dominios, y me hacía extensas explicaciones técnicas. Las laderas de las lomas por donde subíamos ostentábanse cubiertas de mezcales, cuyas hileras rectas, paralelas y simétricas, y cuyas grandes y duras hojas de un verde azulado, formaban como una red monótona á aquellas eminencias, hasta cortar el horizonte.

Mi compañero me explicó cuáles eran los terrenos apropiados para hacer los plantíos; me dió á conocer las semillas de los mezcales, nacidas al pie de las grandes plantas; hízome ver plantíos de todas edades, y en todos estados, así los llegados á sazón como los más recientes, mostrándome la diferencia que hay entre los que reciben cultivo y los que no lo reciben. En esto llegamos á la ranchería.

Dejamos el carruaje y entramos en la casa. Don Santos había hecho en ella obras de importancia. Al frente colocó una gran plaza rodeada de una muralla de piedra, á

la que da acceso ancha entrada que se cierra en la noche por medio de un pesado portón de madera de roble. Forma la fachada vasto corredor, á cuyos dos extremos se encuentran, por una parte, la iglesia, y por otra, la escuela. La construcción de la iglesia estaba en aquellos momentos á punto de ser terminada. Noté que era de un orden desconocido en arquitectura, inventado quizás por el cantero que labró los capiteles de las columnas del templete, adornándolos con flores, aves, culebras y otra multitud de primores distribuidos entre las hojas, que serían de acanto si el capitel fuera corintio. El propietario contempló regocijado tanta variedad de formas, mostrándomela con visible satisfacción.

Como estaba próxima la bendición de la iglesia, me convidó desde luego para asistir á la ceremonia.

En la escuela había tres muchachos casi desnudos, que, con gruesos punteros en la mano, apuntaban las letras de los cartelones suspendidos de las paredes. El maestro era un carpintero que, mientras los discípulos repasaban la lección, se entretenía en barnizar una mesa destinada al despacho.

El interior de la casa nada tenía de notable. Una sala, algunas recámaras, comedor, cocina, corral y extensas caballerizas; todo destituido de lujo, pero amplio y bien ventilado.

Terminada la visita, D. Santos, mirándome con aire malicioso, me dijo:

— Aun me falta enseñar á vd. lo mejor de mi hacienda.

— ¿Qué es ello?

— Las muchachas bonitas.

— ¿En efecto!

— Aquí tenemos siete. La hija del herrero, la del carpintero, cuatro hermanas que viven fuera del portón, y la más bonita de todas, una mocita de quince años, llamada por todo esto *la virgen de la Florida*.

— ¿Con que es muy bonita, eh?

— Ya juzgará vd. por sus propios ojos.

— Vamos, pues, á verla.

— No, todavía no; procedamos con orden. La que vive más cerca es la hija del herrero.

La oficina del maestro estaba contigua y no tardamos en llegar á ella. Hallábase ocupado el Vulcano en majar un fierro candente, que tenía sobre el yunque un mocoso apren-

diz, por medio de las tenazas. Al vernos nos saludó cortésmente, aunque no dejó la faena por temor de que se enfriara la pieza. D. Santos me condujo á la cocina á pretexto de darme á beber agua; pero no hallamos á nadie en el hogar. La muchacha había ido á llenar el cántaro al arroyo.

Habiendo fracasado nuestra primera empresa, dirigímonos á la casa del carpintero. Al llegar á ella nos sorprendió la obscuridad en que la hallamos. El carpintero nos habló desde su lecho. Estaba enfermo de fiebre. Al oírlo D. Santos, huyó despavorido, temiendo el contagio, y arrastrándose en la fuga.

En aquellos momentos llegaba el cura del pueblo, que venía á confesar al enfermo.

Llevaba sombrero de palma, y montaba un caballo trotón, que le hacía saltar muy alto en la silla. Apenas alcanzaba los estribos con las puntas de los pies; se conocía que venía sufriendo mucho. Lo revelaba la expresión de su fisonomía. El sol y la fatiga habíanle encendido el rostro y hacíanle sudar copiosamente. Detuvo la caballería, echó pie á tierra y nos saludó con mansedumbre. Sacó de bajo la sotana la ampo-

lleta, que iba envuelta en una bolsita azul, la colgó al cuello, y sin titubear penetró en la casa del febricitante.

D. Santos y yo nos vimos asombrados. Ambos habíamos entrado en aquel tugurio sin saber lo que íbamos á encontrar, llevados del deseo de ver á la rústica beldad que allí vivía; pero nuestra curiosidad no había sido parte para impedir nuestra fuga á la noticia del contagio.

Aquel santo sacerdote, por el contrario, llamado expresamente para confesar al apesadado, habíase puesto en marcha sin pérdida de momento; y quemado por el sol, cubierto de sudor, predispuesto para el contagio, penetraba resuelto en la habitación, celoso del bien de una alma. ¡Qué milagros hace la religión! ¡qué cosas tan grandes la virtud!

Pensando esto, seguí maquinalmente á D. Santos, quien atravesó la plaza y traspuso el portón. Nos acercamos á un jacal miserable. Entramos dando los buenos días; varias voces nos contestaron. Allí vivían las cuatro hermanas bonitas.

Una de ellas estaba haciendo tortillas. Molía el maíz en el metate, y colocaba la

masa adelgazada y extendida á palmadas entre las manos, sobre el comal de barro, que descansaba en unas piedras, y bajo el cual ardía un gran fuego, formado de leña flameante. Su figura era muy poco graciosa.

Otra se ocupaba en colar leche cuajada en una cesta, para hacer queso. Nada seductora tampoco hallé su fisonomía.

Estaba sentada en el suelo la tercera, con las piernas encogidas y bien arrebujada en su rebozo. Su rostro, sin ser hermoso, era bastante simpático; pero la pobre joven estaba enferma de calenturas intermitentes y tenía el cutis amarillo.

Abrigábase la cuarta en un rincón del jacal, de espaldas á la luz. D. Santos la hizo voltear de frente á nosotros. Padeecía de los ojos la pobrecilla; lagrimeaba constantemente y los tenía encendidos. Decididamente, no se hallaba en condiciones de agradar. De las cuatro hermanas cuya belleza me había ponderado mi compañero, no había una sola que mereciera la pena.

Nuestra visita no fué larga. Gustamos un taco de tortilla con queso en compañía de aquellas jóvenes; conversamos un poco, les

aconsejamos á las enfermas que se aplicasen algunas medicinas: infusión de hojas de gigante en pociones á la que padecía calenturas, y gotas de cogollos de mezquite machacados con agua, á la otra, dentro de los ojos, y con esto nos despedimos.

—Hemos andado desgraciados, me dijo D. Santos al salir, pues hasta ahora no ha visto vd. ningún hermoso palmito entre las muchachas que le he mostrado. Las que tienen mejor estampa hállanse enfermas ó ausentes. Creerá vd. que soy hombre de mal gusto. Sin embargo, espero que la *virgen de la Florida* me hará recobrar el crédito.

—Allá lo veremos, repuse.

La verdad era que, después de tan larga revista, comenzaba á formarme la idea de que, efectivamente, D. Santos era hombre de gusto estragado. Poca fe tenía en que la *virgen de la Florida*, como él la llamaba, fuese superior á las beldades que acabábamos de ver.

Pasamos frente á dos ó tres jacales; al fin nos detuvimos.

—Buenos días, doña Petra, dijo D. Santos.

—Buenos días, señor amo, contestó una mujer que se hallaba á la puerta de una choza miserable.

Era una vieja de pelo rojo, fea y con la cara envuelta en trapos mugrientos.

—¿Dónde está Cruz? siguió preguntando mi compañero.

Creí que se refería á alguna mujer; pero con asombro ví que aludía á un hombre, pues al oírle, salió del jacal un viejo alto, membrudo y tuerto, que fumaba un largo cigarro de hoja de maiz.

—A sus órdenes, señor amo, contestó el viejo.

—Aquí tiene vd., me dijo D. Santos, al famoso Cruz Analco.

—A las órdenes de su mercé, repitió el viejo.

—Bien,—prosiguió D Santos entrando en el jacal, seguido de mí,—¿dónde está la *virgen*? Este *frustrero* desea conocerla.

—Anda dándoles de comer á los pollos, dijo Petra; voy á llamarla.

Entretanto que Petra llama á la *virgen*, entramos en el jacal D. Santos, Cruz Analco y yo.

—En breves palabras, me dijo D. Santos, voy á ponerlo á vd. al tanto de lo que es esta familia. Petra es tia carnal de la *virgen*, y es casada. El amigo Analco vive en mala amis-

tad con Petra, á pesar de su marido. Todos viven juntos.

—¡ Alabado sea Dios! dije yo, ¿el marido vive con ellos?

—Vd mande, señor, dijo en esto un hombre que apareció en la puerta del jacal.

—Nadie te llama, Jesús, dijo D. Santos.

—Oí que este señor preguntaba por mí, objetó el intruso, señalándome con el dedo.

—Nadie lo necesita á vd., amigo, gritó Analeo; váyase afuera.

Desapareció Jesús en el acto. Era flaco, trigueno y harapiento; tenía el aspecto más humillado que se pueda imaginar; era la vera efigie del *pobre diablo*.

—Es el marido de Petra, dijo Analeo con desprecio.

—Prosigo mi cuento, continuó D. Santos. Petra es hermana de la madre de la *virgen*, que es huérfana, y se ha hecho cargo de ella incorporándola á su familia. La *virgen* no tiene más que una hermana con la cual vivía; pero como se echó á la calle la indigna no era conveniente que Nieves continuase con ella.

—Sí, agregó Analeo, la niña se ha *amparado* de nosotros para no echarse á perder.

—¡ Buen amparo, á fe mía! repuse.

En esto volvió Petra. Sacó del fondo de una enorme cesta unas enaguas de indiana colorada, y unos zapatos de tafetán azul.

—Voy á llevar todo esto á esa muchacha presumida, dijo la tía saliendo nuevamente.

Permanecimos en silencio largo rato, pues D. Santos había terminado su historia, y yo nada tenía qué decir.

El silencio fué interrumpido por el regreso de la tía Petra, que entró diciendo:

—¡ Entra, niña! ¡ Habráse visto muchacha más alzada! Entra, que te quiere saludar el amo, y conocer otro señor.

La muchacha entró poco á poco, con excesiva timidez. Se había puesto las enaguas coloradas y los zapatos azules. Traía el rostro cubierto casi con el rebozo. D. Santos se levantó de su asiento, y acercándose á ella con familiaridad, la despojó del rebozo diciéndola:

—Saluda, no seas ranchera. El señor quiere conocerte.

—Buenos días le dé Dios á su merecé, dijo la muchacha tendiéndome la mano y poniéndose colorada.

—Buenos días, le contesté clavando la mirada en su rostro.

Blanca, rubia, con ojos azules, toda su fisonomía respiraba modestia y timidez encantadoras. El óvalo de su rostro era perfecto; tenía en las mejillas hoyuelos deliciosos. Su boca pequeña y encarnada mostraba dientes blancos; era su nariz bien perfilada; su frente un tanto pequeña, armonizaba graciosamente con el resto de sus facciones; sus cejas tupidas y juntas, daban á su expresión una severidad que desmentían sus dulces ojos. Era alta y esbelta; se conocía que se hallaba en la edad del crecimiento. Su voz era dulce y vibrante. Don Santos no me había engañado; *la virgen de la Florida* era muy hermosa.

—¿Cómo se llama vd., niña, la pregunté, y qué edad tiene?

—Me llamo María de las Nieves, señor, una servidora de vd., y voy á cumplir quince años.

—Bonito nombre, y bonita edad, observó D. Santos ¿no es cierto?

—Cierto, contesté; todo está de acuerdo con la hermosura de esta niña.

—¿Le parece á vd. bonita? me preguntó D. Santos.

—Sí, le dije, y por extremo.

Cubrióse Nieves la cara con las manos, y no hallando como evitar nuestras miradas, nos volvió las espaldas.

—Muchacha maleriada, le dijo Analco, no dés la espalda á los señores.

—¿Quítate esas manos de la cara! prosiguió la tía Petra.

Y como Nieves no volteaba, ni se descubría el semblante, la tía la hizo girar por fuerza sobre los pies hasta ponerla frente á nosotros, y le apartó las manos del rostro.

—Déjela vd., la dije, tiene razón de acortarse.

—Ven acá niña, saltó D. Santos, siéntate junto á mí.

Y le señaló un lugar á su lado en la cama de tapextle que le servía de asiento.

Nieves resistió; pero la tía la obligó tirándola de las enaguas.

—¿Me tienes miedo? le dijo D. Santos. Nieves no contestó.

D. Santos le cogió las ricas trenzas rubias, y mostrándomelas, exclamó dirigiéndose á mí:

—Bonito pelo, ¿eh?

La pobre muchacha continuaba colorada como una amapola, y no levantaba los ojos del suelo. Su inmovilidad era la de una estatua.

En aquella situación permaneció largo tiempo. Analco, la tía y D. Santos sostenían la conversación hablando sobre cosas triviales. Terciaba yo también en ella de cuando en cuando. Nieves no desplegaba los labios, ni osaba mirarnos.

Entretanto dolíame de ver á aquella muchacha tan bella, sumida en un medio social tan infecto. Todo en ella era armonioso: sus delicadas facciones, su talle esbelto, sus manos perfiladas, su risa argentina, sus ojos de gacela. Nada de lo que le pertenecía disonaba; era su conjunto como un ritmo. No podía explicarme cómo había podido nacer tal criatura de aquella repugnante familia. Pero ¿no suelen brotar las azucenas en los lodazales? Entre la tía Petra y Nieves no había semejanza alguna; eran los dos extremos de la forma humana: la belleza y la fealdad. Explíquelo quien pueda.

¡Que sombrío porvenir el de aquella cria-

tura !Huérfana, hermana de una mujer perdida, viviendo al lado de una tía que le daba los peores ejemplos, de un hombre en extremo inmoral, como Analco, y de otro en extremo indigno, como Jesús, no tenía á donde volver los ojos en busca de amparo, ó al menos de un buen consejo. Por otra parte, D. Santos era un viejo libertino, de aquellos que todo lo huellan y ultrajan por satisfacer sus apetitos. Veía yo claramente en la mirada del amo, flaméar el deseo satánico, cada vez que se fijaba en la pobre muchacha.

Hay, por desgracia, en México, país de instituciones libres, donde se ha proclamado la emancipación de los pequeños, de la tiranía de los grandes, buen número de propietarios rurales, que aun mantienen de hecho vivos en sus posesiones, los antiguos derechos de honras y haciendas, sobre sus sirvientes, como si aun fuesen estos los antiguos siervos del terruño. Se administran justicia por su propia mano, sujetan á los infelices al tormento del cepo, les rebajan los salarios, les pagan con maíz, con fichas, con papel, los obligan á consumir los efectos que ellos les venden, á los precios que quie-

ren, y para colmo de injusticia, deshonoran á sus hijas ó esposas, llevando la desgracia al seno de las familias y á lo más profundo de los corazones campesinos.

D. Santos era uno de esos hacendados arbitrarios y crueles, que abusan de su posición para tiranizar á los moradores de sus tierras. A aquellos que, bastante orgullosos ú honrados no se sujetaban á su yugo, los lanzaba de sus dominios ignominiosamente, llamándolos ladrones.

Vínome también á las mientes, la idea de que la tía Petra y Analeo eran suficientemente infames para secundar las miras de D. Santos. Había en su lenguaje y en sus modales, respecto de su amo, harta bajeza y servilismo para no dar á pensarlo; aparte de que su vida licenciosa suministraba sobre este particular otro dato significativo.

¿Por qué nacen seres fatalmente condenados á la desgracia? ¿Por qué Nieves era huérfana, y por qué en la casa de su tía, en lugar de encontrar virtud y amparo, había hallado corrupción y perfidia?

Absorto en estos pensamientos, iba concibiendo un interés más y más vivo en favor de aquella pobre joven. La persistencia

de mis miradas fué mal interpretada por D. Santos.

— ¡Hola!, me dijo, parece que Nieves le gusta á vd. demasiado; no aparta vd. de ella los ojos. Voy á ponerme celoso. ¿Qué dices de eso, Nievitas? Y se echó á reir estrepitosamente.

—En efecto, contesté seriamente volviendo de mi abstracción, esta niña me inspira vivo interés.

Al oírme, levantó ella del suelo los azules ojos y los fijó un momento en mí con timidez. El corazón me dió un vuelco. ¿Cómo dominar la influencia que la hermosura y la inocencia ejercen sobre el corazón? Yo, á la verdad, era en aquel entonces demasiado sentimental, y confieso haber sido esclavo de esa magia dulcísima, de ese encantador y casi irresistible poderío que Dios ha dado á las hermosas.

A poco nos despedimos. D. Santos, al decir adiós á Nieves, retuvo la mano de ella largo rato entre las suyas, aunque la niña trataba de desasirse de su repugnante presión. La tía Petra y Analeo la reprendían diciéndole que no fuera maleriada.